

El concepto de existencia en Paul Ricoeur¹

MAESTRO JOEL HERNÁNDEZ OTAÑEZ

F.F. y L. - UNAM

Cuando hablamos del problema de la existencia en la filosofía de Ricoeur supone considerar aspectos fenomenológicos, éticos, semánticos, psicoanalíticos, entre otros; sin embargo, nos parece que hay un punto nodal al hablar del concepto de existencia: la mediación hermenéutica.

Como sabemos, la hermenéutica se aboca fundamentalmente a comprender, explicar e interpretar textos; los cuales no son unívocos, sino que suponen una plurivocidad interpretativa que no se opone a un acotamiento específico que la misma obra otorga. Esto no supone reducir a la hermenéutica a una mera disciplina o técnica que opera para adquirir resultados determinados, sino que para Ricoeur, teniendo como antecedente la filosofía de Heidegger, la interpretación es una condición ontológica. Somos seres hermenéuticos. Existir es interpretar.

Si asumimos que la hermenéutica tiene este doble nivel: exégesis de textos y modo de ser en el hombre, la conexión entre ambas dimensiones radica en que sólo el hombre puede interpretarse mediante textos que crea y analiza. Interpretando se interpreta. Más aún, la existencia de

¹ Ponencia presentada en el XIV CONGRESO INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA: IDENTIDAD Y DIFERENCIA

cada individuo, por su diversidad, exige de una variedad de interpretaciones pertinentes que lo justifiquen. Los signos puestos y dispuestos en el mundo, resultado de la diversidad cultural, permiten dar tal o cual interpretación a los individuos. Esta apertura de interpretaciones que puede hacer cada hombre de su propia vida, no se contrapone a lo ontológico. La plurivocidad interpretativa no trastoca su condición ontológica, ya que: ser, para el hombre, es interpretar. De la diversidad hermenéutica de cada existencia, no se sigue un desmembramiento de lo que es el hombre. Se cumple aquí una analogía con el texto: las múltiples interpretaciones a las que se atiene, no desacreditan su unidad y acotamiento. Que cada existencia sea distinta y, por ende, exija de una interpretación particular, no desarticula el dato fenomenológico de que toda existencia es interpretación.

La hermenéutica permite, por lo mencionado anteriormente, reducir las distancias temporales y espaciales de los hombres y las culturas. Interpretar es involucrarse con la entidad que se analiza. Lo espacial y temporalmente lejano o ajeno, logra ser vinculado por el ejercicio hermenéutico. Por consiguiente, podríamos afirmar que la existencia, al ser hermenéutica de sí, del otro y del mundo, implica un modo de acercamiento vital. El hombre, al hacer una interpretación de su propia existencia, supone un acercamiento de sí a sí mismo. Dicho acercamiento manifiesta que todo hombre tiene como exigencia existencial: saber de sí; aunque circunstancialmente pueda no quererlo o desearlo. Hay, si se me permite la expresión, la *obligación ontológica* de todo hombre de saber de sí. Nuestro ser no puede evadir la necesidad de plantearse a sí mismo. Es una prioridad ontológica; aunque ópticamente pueda no ser una premura. Si bien es cierto que no en toda circunstancia el hombre plantea su existencia como una necesidad de saber de sí, esto más que mostrar una merma ontológica, supone una variante (por no decir una evasiva), del acto de existir interpretándose. El hombre, incluso cuando niega dichos cuestionamientos, no rompe con lo que Heidegger llamará: poner en cuestión nuestro propio ser como seres en-el-mundo. Aunque las circunstancias tiendan a ocultarlo, plantearse la propia existencia como un problema, recuento, reproche o esclarecimiento, no deja de ser una necesidad fundamental en la condición humana. Necesidad que Ricoeur orientará al plano narrativo como un modo de ir configurando nuestra identidad. La existencia es una

exigencia de plantearse a sí mismo y de hacerlo desde la mediación de lo otro y del otro. Es por eso que la hermenéutica de sí, supone un proceso gradual.

La actividad hermenéutica es mediante la interpretación de signos. Su mediación es ineludible. Signos sociales, culturales, políticos, éticos, estéticos, religiosos, entre otros, resultan fundamentales para dar cuenta de la existencia de cada individuo. Pero esta diversidad, decíamos, descansa en la originaria condición de que el hombre es interpretación de sí. Incluso, cuando algo nos parece insignificante, supone el antecedente de que el mundo es significación. La irrelevancia de algo tiene, como anterioridad ontológica, que el hombre es interpretación.

Interpretar es interpretarse; lo cual supone irse dando forma. Es configurarse de un modo tal que, como señala Ricoeur, el hombre se figura ser tal o cual. Es moldear la existencia pretendiendo darle límites explicativos e imaginarios. La configuración permite la comprensión. La hermenéutica no sólo trata de descifrar datos, hechos o personas, sino que implica una vinculación y apropiación intelectual y sensible de aquello que nos afecta y exige un tratamiento interpretativo. Es hacer que lo otro o el otro nos aluda. Es más, es hacer que nosotros como un "otro" accedamos al esclarecimiento de sí. Por ende, la comprensión como apropiación, es mediación hacia y desde lo otro. Y no puede, por eso mismo, reducirse a un nivel epistemológico, sino ontológico. No compete sólo al conocer, sino al ser del ser humano. Esta postura rompe con la idea de que la identidad y su entorno sólo pueden ser explicados desde la dualidad sujeto-objeto. Ricoeur, asumiendo la teoría de Heidegger, afirma que la relación más originaria que tenemos con el mundo, no es la de un sujeto frente a un objeto. La idea de sujeto se ha vuelto, precisamente, una sujeción. Saberse una entidad hecha frente a objetos dados implica una crítica a Descartes y a la polaridad de *sustancia pensante* y *sustancia extensa*. El hombre no es una existencia autoposeída. No es un cogito en el sentido cartesiano. No es una sustancia plena que se manifieste desde su pensamiento. El "pienso, luego existo" no aclara siquiera quién es aquél que existe. El dato de existir no es suficiente para responder a la pregunta de quién y qué es el hombre. Por el contrario, saber de sí es un proyecto. Existir

no es sólo la evidencia ostensiva de estar ahí, sino es el hecho de que todo ser-ahí tiene por cuestión su propio ser.

Con lo dicho hasta ahora, parecería que el mismo Ricoeur se asume como un heideggeriano; sin embargo, se aparta del filósofo alemán, entre otras cosas, en que para Ricoeur no es suficiente la analítica del *dasein* para dar cuenta plena de sí, sino que se requiere la llamada "vía larga"; la cual implica una exégesis mediante las obras, textos, signos y símbolos que ha dejado el hombre en el mundo. La hermenéutica de Ricoeur se atiene a la mediación de los entes del mundo. La consistencia de sí es gradual y se va adquiriendo con lo que llamamos cultura. Existir, para Ricoeur, es una realización permanente desde lo hecho y dicho en el mundo. El sentido y el significado de lo dado, va haciendo del hombre lo que es. Ser es hacerse; y hacerse es interpretar. Por consiguiente, y por paradójico que parezca, saber de sí no se reduce a un saber, sino a un modo ser. Es la dimensión de lo epistemológico que se desborda hacia lo ontológico. El conocer se origina desde el ser.

Interpretar es irse comprendiendo. Este proceso, decíamos, incorpora los signos del mundo. La interpretación es tal, porque existe más de un sentido en el ente que despierta nuestro interés o nos interpela con su presencia; de lo contrario, no habría multivocidad, sino pura univocidad. Esta multiplicidad que caracteriza a las cosas va construyendo una especie de arquitectura compleja: los objetos tienen más de un sentido que renuevan, innovan, provocan o crean nuevas perspectivas. Si esto es atribuible a los objetos que nos rodean, mucho más lo será para el hombre mismo. Podemos afirmar con ello que el sentido de la existencia humana es una construcción. Por eso enfatiza Ricoeur que la conciencia es una tarea. No somos un dato susceptible a la traducción, sino una intencionalidad que se mira a sí misma interrogándose. Una inquietud que se pregunta de sí. Por eso insiste el filósofo francés que la condición humana tiene una circularidad hermenéutica: interpretar es poner en juego no sólo lo interpretado, sino a quien lleva acabo dicha exégesis. Este círculo hermenéutico se corrobora al querer explicar nuestra existencia: sólo lo podemos hacer, existiendo. Es lo que ya había señalado Ricoeur respecto a la temporalidad: pretender explicarla es suponerla. La exégesis del tiempo sólo la puede hacer un ser que *perse* es temporal. Este círculo inevitable no es una trampa

sin salida, por el contrario, es nuestra condición ontológica de ser. El círculo hermenéutico se vuelve un espiral: saber de sí implica regresar a sí mismo, pero siendo distinto; es decir, todo sí está por hacerse. No olvidemos que el concepto de identidad en Ricoeur es dialéctico, supone una *mismidad* y una *ipseidad*: un saber de sí mismo como unidad y cambio.

Existir no es saber de sí de manera definitiva, concluyente y absoluta. El hombre es un aplazamiento constante. No saber en definitiva quién es uno, no es una condena o merma vital, sino la sugerente condición de asumir que nuestro ser es cuestionamiento constante. Sería un contrasentido ser seres hermenéuticos y llegar, ontológica y epistemológicamente, a la conclusión definitiva de lo que somos. Contravendría a nuestra condición de ser seres de interpretación. Pensar hipotéticamente en una respuesta definitiva de sí, tendría que eliminar nuestra condición interpretativa. Supondría, a su vez, reducir lo ontológico a lo epistemológico. Por consiguiente, todo intento de respuesta definitiva sobre el hombre, es un punto de llegada que sirve como anclaje para iniciar una nueva interpretación. Esto no significa que no podamos hacer un recuento de nosotros mismos o que ignoremos siempre quiénes somos. No se trata de eso. Por el contrario, es comprender que nuestra condición hermenéutica, nos hace inconclusos. Todo recuento de sí, mientras se siga existiendo, exige de nuevas interpretaciones (propias y ajenas). Sólo en el caso de la muerte, el testimonio interpretativo se orientará exclusivamente a los que nos sobrevivan. Ellos tendrán que interpretar lo que fuimos y lo que hemos hecho en el mundo.

Existir es un desciframiento. Pero en este proceso hermenéutico no sólo encontramos elementos que se incorporan favorablemente en nuestro saber de sí; por el contrario, la comprensión de nuestra existencia supone pasajes escabrosos, complejos, dolorosos, traumáticos o poco edificantes. Formas de ser, todas ellas, que pueden llevarnos a renunciar o a apartarnos de manera vital o moral de aquello que fuimos. En este sentido, hacerse es el riesgo constante de perderse. El desapego de sí siempre está latente. Por eso Ricoeur insiste que lo más perdido o extraviado puede ser aquello que llamamos nuestro propio "yo". Incluso afirma que, cuando se trata del hombre, no hay ontología triunfante.

Debemos aclarar que esta necesidad de dar cuenta de sí se vuelve una búsqueda que construye su respuesta. Buscar no es encontrarnos como siendo algo dado, sino acceder a nosotros mismos como una complejidad de sentidos que se descubren siendo interpretados. En este proceso hermenéutico se ponen en juego no sólo elementos intelectuales, sino emocionales. Lo anímico se vuelve parte nodal en dicho desciframiento. Lo racional no excluye lo emocional. Pensar es sentir; y sentir, es hacerlo desde un pensamiento que se sabe padeciente. Por lo tanto, querer saber de sí es precisamente un "querer" y no sólo un "saber". Esta apertura ricoeuriana al plano de lo sensible como rubro fundamental al dar cuenta de sí, hace patente, entre otras cosas, el papel que ocupa la ficción literaria para ir conformando la identidad en el hombre. No olvidemos que para Ricoeur la ficción, la metáfora y la narración son parte constitutiva de nuestro ser y hacer; pero dicha vinculación sólo puede ser comprendida plenamente si le damos un peso específico a lo anímico y emocional. Los sentimientos no son un mero pasaje psicológico, sino nuestra facticidad desvelando al mundo. Existir es sentir.

Hemos mencionado que la hermenéutica de sí implica la presencia y participación de los otros. Es claro que la presencia del prójimo no es una circunstancia prescindible en el mundo, sino que, utilizando un lenguaje heideggeriano: "ser-ahí" es "ser-con". Toda existencia se va definiendo mediante otras. Decir "yo" involucra a muchos otros: "En consecuencia, toda hermenéutica es, explícita o implícitamente comprensión de sí por el desvío de la comprensión del otro" Comprenderme es hacerlo mediante el otro; que a su vez implica, comprenderlo a él también. Toda historia personal hace partícipe la de los otros, de lo contrario, nuestra propia vida nos sería ininteligible. Más allá de acuerdos o desacuerdos con el prójimo, existir es mediante los demás. Los otros son imprescindibles. Sin embargo, para Ricoeur, la presencia de aquellos que influyen, trastocan, modifican o alteran nuestra vida, no se reduce a los seres humanos, sino que se hace extensiva a los personajes de ficción. La trama de los personajes literarios hace que se modifique la nuestra. El Quijote, Fausto, Raskolnikov o Pedro Páramo, no son menos relevantes que, por ejemplo, los compañeros de clase con los que convivimos durante una carrera. En ambas dimensiones la existencia se modifica. El hacer y el decir de los personajes de ficción

nos refiguran, nos dan un modo de ser distinto al que teníamos antes de acercarnos a los textos. La identidad del hombre es pues, una construcción constante que exige de la interpretación permanente. Interpretación que incorpora necesariamente el plano imaginario. Dar cuenta de la existencia como una historia determinada exige de la co-presencia de otras historias, tanto reales como de ficción. La identidad es la mediación constante entre lo que llamamos realidad y el mundo imaginario. Mediación que hace del individuo un ente inconcluso como puede serlo un personaje de una obra literaria que no tiene acceso al punto final con el que se concluye la obra.

Esto nos lleva afirmar que, para Ricoeur, la hermenéutica de sí incorpora necesariamente al lenguaje. Uno se va constituyendo significativamente y, en este proceso, participa el habla. Cuando digo "yo" o explico quién soy, no sólo se hace necesaria la mediación para dar cuenta de sí, sino que implica emitir un discurso que especifica quién es aquél que habla. La identidad se construye mediante la narración. Se necesita narrar una historia para saber de uno mismo. Como los personajes de ficción, el hombre es, mediante lo que narra de sí o se narra de él. Por consiguiente, nos vamos dando forma como individuos no sólo mediante lo que hacemos, sino mediante lo que decimos. Luego entonces, si la identidad se vale de la acción y el lenguaje para irse configurando, toda identidad es una apertura de interpretaciones constantes.

La existencia es el esfuerzo de irse dando una identidad más definida. Por eso, toda identidad es una esperanza. Es, como señala Ricoeur "la imaginación creadora de lo posible".² La hermenéutica de sí, es la apuesta filosófica de que la identidad es la privilegiada posibilidad de identificarte contigo mismo y con el otro: con el personaje o con la persona, con la obra o con el discurso, con el signo o con el símbolo. Es la firme convicción de que toda identidad tiene la ineludible valía ontológica de pertenecer al ser. ❁

² *Ibid.* P. 366

